

La casa de caramelo. Jennifer Egan. Salamandra. Barcelona. 2023

La ganadora del premio Pulitzer de 2011 por “El tiempo es un canalla” vuelve a referenciar su múltiple relato de una gran cantidad de personajes también en un plazo de tiempo considerable, entre los años sesenta y 2035. El tiempo cambia las personas, matiza su carácter y su recorrido vital, que posiblemente es lo que mejor escribe Egan, su facilidad narrativa de situaciones, caracteres de los personajes o detalles es excelente, y a veces abrumba por su riqueza de matices. Su habilidad para combinar diferentes épocas y la compleja red de situaciones relatadas requiere una buena dosis de concentración para no perderse o equivocarse de personajes, que a veces son poco más que adolescentes, luego se han divorciado, en una vuelta al pasado su mirada es infantil, y ya en un futuro próximo se es anciano.

El tiempo y los recuerdos almacenados en el cerebro, cuya visión será posible a través de un dispositivo electrónico “Aprópiate del Inconsciente” nos muestra una distopía suave y melancólica, precisamente por la posibilidad de recuperar la memoria, lo que recordamos y lo que hemos olvidado, y poder verlo nosotros mismos o a quien demos permiso. Ciertamente volcar el “disco duro” del cerebro y poder visionarlo en una pantalla, eligiendo cualquier fecha de tu vida, no solo sería un avance tecnológico increíble, si no el fin de la intimidad, o de gran parte de la misma, las evocaciones más profundas y personales.

Ya en la actualidad, las redes sociales nos arrebatan una parte de nuestra intimidad, casi sin darnos cuenta. Y ese es, después del paso del tiempo en un recorrido coral, la segunda trama entrelazada de la novela, el impacto de las nuevas tecnologías en las personas.

El relato lineal y fresco del libro de Egan, busca realizar algunas innovaciones narrativas en tres capítulos introduciendo ecuaciones matemáticas para representar situaciones posibles de las personas y su entorno, como si fuera posible, al modo de un algoritmo, representar las infinitas posibilidades de actuaciones humanas. O el cambio brusco a una narrativa en prosa, pero con forma de verso, un recurso más decimonónico que moderno.

Estas “innovaciones” me da la impresión que rompen el ritmo, precisamente en los momentos que éste había bajado, y la precisa narrativa no era suficiente para cubrir este hueco en la enrevesada ficción, pero posiblemente debió ser una opción muy contrastada por la autora.

Exceptuando estos momentos, la novela es una admirable demostración de literatura brillante y delicada en matices y detalles. Y de conocimiento social y psicológico. En el conocimiento de la historia de los sesenta y setenta y su esfera musical que le confiere su imagen clásica a esa época, y la actual de las redes sociales e inteligencia artificial, casi antitética con la primera. **M4**